



¿Quo vadis MAC?

Si en estos tiempos la pregunta es pertinente, la respuesta -sin duda alguna- tiene una urgencia monumental. Al Museo de Arte Contemporáneo le va la vida en ella por razones que trascienden la gravísima erosión de sus finanzas, que la han colocado al borde de un cierre indeseado de parte -quiero creer- de prácticamente toda la comunidad artística del País y también de quienes nos relacionamos -directa o indirectamente- con su quehacer.

Definir el destino del MAC se ha convertido en el eje de una discusión pública que está entrañablemente atada también a la necesidad de renovar su estructura filosófica y administrativa ante el desafío que le impone el mundo “contemporáneo”, insoslayablemente globalizado y globalizante, en pos de una subsistencia que -pese a lo que muchos opinen- no puede estar anclada a los fondos que el Estado le asigne anualmente, mientras encara de manera simultánea la misión de convertirse en una institución en sintonía con la creación plástica del contexto que reclama su propio nombre, no sólo en la arena insular, sino también con un afán de simbiosis con ese mundo que hay más allá del perímetro de sus 100 por 35.

Coyunturas como la que enfrenta ahora el MAC, lejos de ser abordadas desde la intolerancia de posturas radicales, deben ser vistas -entre otras cosas- como la oportunidad de reconciliarnos con el hecho innegable de que las crisis -como los dolores de crecimiento- son inherentes a la vida misma, procesos lógicos en todo tránsito hacia la madurez y también experiencias que ofrecen sólo dos caminos posibles: la evolución o la muerte.

La situación que vive el Museo de Arte Contemporáneo es de alguna manera sintomática de los problemas que atraviesan diversas estructuras en el País, desde las artísticas y culturales hasta las empresariales y gubernamentales. En cada uno de esos espacios las dificultades se enfrentan y se intentan resolver según la calidad intelectual y la sensibilidad de quienes participan en esos contextos y por esto mismo, por ejemplo, es que todos los días padecemos hasta el hastío los estilos bastante pedestres de los señores y señoras que viven de la política con el pretexto de “servir al País”, no sólo desde el Capitolio, sino también desde diversas geografías de nuestro vasto universo “burrocrático”.

Valga la divagación como apunte de una reflexión y de una sugerencia que -creo también- pueden ser un buen punto de partida para la discusión del futuro del MAC: se trata de este museo que por casi un cuarto de siglo -y pese a todos los pecados que se pudiesen señalar- ha cumplido con una misión invaluable; se trata también del arte, de ese quehacer tan asociado a las cosas del alma cuyo ejercicio demanda una extraordinaria dosis de sensibilidad.

sondeo

¿Favorece unas primarias demócratas en la Isla?

- Sí
 No

opinar

Quienes tenemos en el arte una causa existencial, bien como hacedores, bien sólo como observadores, formamos una parte fundamental en la conversación que en estos días se genera en torno al Museo de Arte Contemporáneo y a su incierto destino. Discutamos no sólo con la razón... hagámoslo también desde la sensibilidad, con altura, con respeto. Nadie debe ser crucificado.

No nos parezcamos a los políticos.
